

de la Santa Alianza. El sepulturero de Polonia, medio iluminado y medio loco, se imaginaba el Bautista de la libertad universal y se moría de ambición y de rabia, sin saber dónde ir, ni qué hacer con sus cien millones de esclavos. Los déspotas invocaban la Santísima Trinidad para que bendijese el cadalso de Hungría, de Venecia, de Milán, de Nápoles, de la hermosa, de la divina Grecia, entregada al gran turco para divertimento y alegría de su serrallo. Todos los Reyes del Norte prometían la libertad, cuando necesitaban la sangre de sus pueblos, y todos olvidaban la libertad así que esa sangre fecunda había producido el día de Waterlloo. La literatura vacilaba, como todo, en esta vacilación universal, y vacilaba, sobre todo, porque la literatura tiene y guarda la sensibilidad por excelencia y representa su tiempo mejor que ningún otro elemento social. No sabía dónde ir á beber sus inspiraciones. La fuente de Helicon, que había fecundado los espíritus republicanos del antiguo mundo, era maldecida en nombre de la libertad, y reedificados en nombre de la libertad los castillos góticos que sólo habían visto siervos hundidos en el polvo de sus terruños. Y al mismo tiempo, pasaba por los fríos huesos de los mártires que la libertad contaba en Grecia, en Italia y en España la galvanización de revoluciones rápidas como una tormenta de estío. ¿Dónde iréis á buscar el representante de esta crisis moral? ¿Quién será el Dante de este infierno donde se enroscan los círculos de fuego con los círculos de hielo? ¿Será lord Byron? Leed sus poemas, y allí leeréis al par su tiempo. Parece que el espíritu conturbado de esa edad, ha ido á referirle sus angustias entre carcajadas y sollozos, entre plegarias y blasfemias, entre acentos sublimes y dicharachos de bufón, ebrio de ideas unas veces, y otras de vino, con los crueles dolores que producen siempre las vacilaciones de la incertidumbre y de la duda. Nadie ha sabido expresar como lord Byron el estado de su tiempo, con sólo copiar el estado de su espíritu. Encerrado en su independiente individualidad, indócil á todo yugo, incapaz de entregar su alma á la dirección de pensamientos que no brotaran del fondo de su propia conciencia, creído de que en el seno de su sér se hallaba el manantial de su vida, y de que podía levantar la frente sobre todos los hombres, respirar fuertemente el aire, pensar fuera del espíritu humano por un supremo esfuerzo, se fijaba inmóvil, como en su centro de gravedad, en el cielo inmenso, lo veía y reveía sembrado de esperanzas, lo poblaba y repoblaba con las luminarias de sus ideas, transformándose en lo infinito, como el frío hierro se transforma al contacto del fuego en candente brasa; pero de pronto el barro detenía y cortaba su vuelo; y entonces, revolviéndose contra sí mismo, saltaba dentro de la estrecha tierra como prisionera ave en su jaula, encendía su sangre con el hervor de sus maldiciones, se clavaba las uñas en el pecho hasta arañarse el corazón, y se convertía en nefasta sombra, como un ángel que, después de haber asistido con el arpa en las manos delante de Dios al florecimiento de los mundos por la inmensidad llena de vida, se encontrara súbitamente solo, mudo, desterrado, tronchadas sus alas bajo sudario de espesas tinieblas, en desierto planeta de hielo.

Entonces no hay tragedia comparable á la tragedia de su corazón. Se necesita subir hasta Jeremías para encontrar en la literatura universal un poeta que sepa lanzar como él la voz de los sepulcros, repetir como él la elegía de las ruinas. El dolor de Thamo, el piloto de Plutarco, en cuyos oídos murmuraba el dios Pan su agonía por el cabo Miseno, no fué tan poético, tan profundo como el dolor de Byron, al atravesar las orillas de Grecia, despo-ladas de dioses y pobladas de esclavos. Foscari no pudo amar á Venecia como él la ama, no pudo sentir el lamento de la llorosa laguna adriática como él lo siente y lo repite, cuando al lado del palacio de los Dux y de los Plomos, en el sombrío puente de los suspiros, alzado como un catafalco sobre el oscuro canal henchido de agua semejante á verde hiel, la gran ciudad se dibuja á sus ojos como un gran cadáver. Los tribunos romanos llorarían como él llora sobre la desolación de Roma. No conoce de las ideas sino las sombras, no siente de la Historia sino las catástrofes, no gusta de la vida sino el acíbar. Nuestras dudas, nuestros dolores, elegía que salta á borbotones de nuestro corazón al ver cada vez más lejana la libertad de nuestro suelo, más estrecho el camino del progreso, más utópicas nuestras nobles aspiraciones hacia el bien; este desencanto de millares de hombres que han querido alzar una tribuna para su idea, y sólo han alzado un cadalso para su persona; que han querido ensanchar la patria en el universo, y sólo han logrado el destierro; esta pena aguda como un puñal clavado en todos los grandes reformadores de Europa, ha tenido ese genio del desengaño su poeta.

Es verdad que su familia y su vida han contribuido en mucho á este furor, especie de mayorazgo, como su nobleza, como su sitio en la Cámara de los lores; pero también es verdad que él ha hecho de sus dolores los dolores de su siglo. Extraña historia y extraña genealogía la suya. Su tío ha matado á uno de sus parientes. Su padre ha robado á la primera mujer y engañado á la segunda, á la madre de Byron. Esta ha muerto de una apoplejía á consecuencia de una pesadumbre. Los amigos á quienes adoraba el poeta, han muerto jóvenes, desolando su juventud. La mujer por la cual sintió el primer amor, se ha casado con otro, y el recuerdo de esta pasión de su infancia le llena de veneno el corazón. Apenas encuentra, el día que llama á la puerta de los lores de Inglaterra, quien salga á recibirle y saludar su naciente gloria. La crítica le flagela. Se lanza desesperado á un viaje, y la ruina de su hacienda le obliga á volver á su patria. Se enamora de una escritora célebre, y este amor es una fuente de desgracias y de calumnias. Se casa, y su mujer le abandona. Tiene una hija, y esta hija crece y se educa lejos del corazón y del amor de su padre. Tiene una patria que ha de contarle entre sus glorias, y esta patria le maldice. Se transforma en Italia al beso de aquel sol en tribuno, siente la necesidad de la acción, monta su navío, corre á Grecia á pelear por la libertad, y apenas llega, muere. Decidme si hay algo más triste en la Historia. Parece este hombre uno de esos héroes antiguos que nacen condenados á la fatalidad. Parece uno de esos gladiadores traídos de las montañas de Grecia jóvenes, her-

mosos, cuya alma está llena de cánticos, cuyo cuerpo es un modelo de escultura, distinguidos por los Emperadores, acariciados por las damas romanas, y que tienen por toda suerte divertir una tarde á Roma con su dolor y su agonía entre las garras y los dientes de la fiera. En vano pugna por evadirse á la fatalidad que le persigue; en vano quiere huir de sus penas, de sus tristezas, como Orestes de la Euménides. La tierra es su patíbulo, la vida es su tormento, la inspiración es una corona de fuego, el amor es una cadena insoportable; cada belleza literaria, que sale de sus manos, se vuelve contra él; cada día le trae un nuevo dolor, cada acción buena se le convierte en una espina clavada sobre el corazón; su madre lo amamanta con hiel, su patria con maldiciones; sus propios amigos le calumnian; su propia mujer le niega el cariño, le es ingrata; y después de haber corrido casi toda Europa, después de haber gustado casi todas las emociones de la vida, no encuentra más lenitivo á su dolor que una muerte bebida en la copa de los dioses, una muerte á los treinta y seis años, que es un heroico suicidio. Byron ha cultivado los tres géneros de poesía: la lírica, la dramática, y por no decir la épica, diré el poema, distinto en verdad de la epopeya. Pero así como su carácter es muy subjetivo, como sus personajes son todos nubes de su propio espíritu, formadas por los vapores de los sentimientos que batallan en el océano del corazón; su poesía, la poesía propia y particular de su genio, es la poesía lírica. El mayor filósofo de los tiempos modernos ha calificado la poesía lírica de eminentemente subjetiva; la poesía de Byron es la más lírica que yo conozco. No presenta el mundo como Goethe, en sí mismo, en su existencia, en sus leyes y en sus fenómenos; lo presenta tal como se aparece en su alma, tal como se asoma al abismo de su pensamiento. No se desposee de sí al entrar en el teatro. Nada tan monótono ni tan uniforme como sus dramas. Nada menos dramático. Cada uno de sus personajes puede llamarse un coro que entona un himno, una oda, una elegía. El diálogo apenas tiene movimiento, porque es la mitad de su idea departiendo con la otra mitad, un pedazo de su corazón argumentando con otro pedazo. Todo diálogo suyo se junta en un pensamiento; todo personaje se desvanece en un alma; toda acción se funde en una vida; en el pensamiento, en el alma, en la vida de Byron. Y como una sola vida, por grande que parezca, gira sobre una sola idea, sus dramas no son para la escena, faltos de variedad y de movimiento. Parecen casi todos como esas grandes poesías orientales, como el libro de Job, como los Apocalipsis, en que los seres materiales é inmateriales entablan armoniosamente un diálogo sin fin con el inspirado profeta que los descubre en ardientes visiones y les presta el ritmo de sus ideas. Las primeras poesías, las que tan cruelmente criticó la *Revista de Edimburgo*, apenas anuncian al poeta de quien son aurora. Hay subjetivismo, pero no hay grandeza. Byron, feliz, se hubiera perdido en el coro de tantos poetas como han rizado dulcemente un día el lago de la vida ordinaria. Byron, desgraciado, se distingue de todos los poetas, como Satanás se distingue de todos los ángeles. Su poesía, serena á veces, pero

iluminada por un relámpago siempre, tiene mucho de fascinadora. La tempestad de sus versos es tan ruidosa, que no hay medio de apartar la atención de aquel estridor sublime. El poema por excelencia de Byron es el *Manfredo*. Hipólito Taine lo ha comparado con *Fausto*, y ha dicho que *Manfredo* es el poema de la individualidad y *Fausto* el poema de la humanidad. Yo llamaría á *Manfredo* el poema del sentimiento y á *Fausto* el poema de la idea; á *Manfredo* el poema de la naturaleza y á *Fausto* el poema de la Historia. Uno y otro representan el desencanto que hay en la limitación de la vida humana. Fausto se cansa después de haber pensado; y Manfredo después de haber vivido. El uno va á la muerte como conviene á un doctor alemán, después de haber gustado la medicina, la alquimia, las ciencias teológicas, la filosofía también, y haberle sabido todas á ceniza. El otro va á la muerte después de haber sentido, de haber luchado, de haber amado en vano; después de haber subido la escala gigantesca formada por los Alpes, sin hallar otra cosa que el viento helado, quejándose eternamente, la escarcha cayendo, los pinos tronchados por las nieves, el frío desierto de cristal donde se acaba la vida, el hondo abismo donde se acaba la luz: allá abajo los hombres como insectos, allá arriba las águilas formando círculos sin fin, é hiriendo la inmensidad con sus gritos de hambre: espectáculo que le recordaba otra desolación, la noche de luna en que holló la tierra del coliseo sin encontrar más que ortigas sobre las ruinas, buhos sobre las ortigas, los cuales lanzaban su monótona elegía en las cenizas mezcladas de los mártires y de los gladiadores, igualmente dispersas por los vientos.

Para divertir á Fausto del suicidio se necesita que la voz del campanario gótico cante la aleluya de Pascua, y suene el coro eclesiástico de la Resurrección; para salvar á Manfredo se necesita la mano real y poderosa de un cazador de gamos, agarrándole al borde mismo del precipicio. El uno, después de haber gustado la nada del amor real, invoca á Helena, la hermosura clásica, por la cual se desangró la hermosa Grecia y ardió la soberbia Troya; quiere probar al voluptuoso adulterio de que naciera la civilización del arte, la madre eterna de los dioses y de los hombres. El otro, después de haber gustado también la nada de los amores y de las ambiciones, quiere ver las ninfas de la naturaleza, la que duerme en las urnas eternas de nieve, la que agita su cabellera en la catarata, la que gime en la vibración de los pinos, la que tiene sobre las nubes un palacio de ópalo formado por el incierto reflejo del crepúsculo, y la que tiende sus blancas formas en el límpido seno del Océano descansando su cabellera de algas entrelazada con perlas en almohadas de conchas y corales. Así es que Fausto ha recorrido el Oriente con sus teogonías, ha saludado las estatuas clásicas, ha ido desde el abismo del pensamiento, donde tejen la trama de la vida material todas las ideas madres, hasta la cúpula de la gótica iglesia, que envía á los cielos el aroma del incienso, el himno del órgano, el eco vibrante de la oración; y Manfredo ha ido del castillo feudal á la montaña, de la montaña á la guerra, de la guerra á la caza, porque Fausto es el pensamiento de la historia universal, y Manfredo es la acción